

De esta manera, digna y severa á la vez, siguió ocupándose del atentado de Merino, y consignando en sus columnas los detalles que ya conocen nuestros lectores, hasta el día 8, en que hacía las siguientes importantes reflexiones:

«La imprudencia de algunos de nuestros adversarios nos obliga á ser más severos.

»Puesto que se empeñan en atribuir á las ideas modernas la ejecucion de un acto, únicamente dictado por la perversidad de un alma corrompida, queremos que se nos diga si fué en los talleres revolucionarios donde se fundió el arma homicida con que Canut cavó el sepulcro de Cárlos I de Suecia; queremos que se nos diga si fué en los libros modernos donde Bilargou leyó la sentencia de muerte de Leon IV; queremos que se nos diga si Luis V, Enrique III y Enrique IV de Francia, Cárlos III de Hungría y Pablo I de Rusia perecieron víctimas de las ideas disolventes de nuestros días; queremos que se nos diga si los Césares y los emperadores de Oriente, cuya vida segó el acero de un asesino, debieron su trágico fin á la propagacion de las ideas revolucionarias.

»Hemos visto subir á la guillotina á Fieschi; pero no hemos presenciado el repugnante espectáculo que ofrecia en otro tiempo la capital de Lacio, cuando el regicida cubria sus hombros con el ensangrentado manto de su propia víctima. Hemos sentido caer sobre el cadalso la cabeza de Alibaut; pero no hemos sabido que se haya hecho en nuestra edad la apoteosis del puñal clavado en el pecho de un soberano, como sucedió

más de una vez durante el desgraciado período de la decadencia del Imperio. Hemos leído máximas anárquicas y anti-sociales en las obras de algunos escritores contemporáneos; pero no se nos citará uno que haya dado su aprobacion á los detestables principios sustentados por algunos jesuitas españoles á principios del siglo xvii. Hoy ningun publicista estudia la ciencia política en el famoso libro de *Rege et Regis institutione*. En la historia de la monarquía absoluta apenas hay una página que no esté salpicada de sangre real. En la historia de la monarquía representativa no se escribió, afortunadamente, todavía el asesinato de un sólo príncipe.

»Sean, pues, más imparciales los que señalan á las ideas revolucionarias el origen de un crimen que todos deploramos, puesto que nosotros somos con ellos indulgentes. Así como hacemos á todos los partidos la justicia de afirmar que ninguno coopera directa ni indirectamente á la infame tentativa de Merino, hagamos también á las escuelas políticas la justicia de creer que ninguna de ellas aconseja el regicidio.»

Y volviéndose á ocupar de los últimos momentos de Merino, decia:

«Eran las doce de la noche de la víspera, cuando Merino se hallaba discutiendo, con los sacerdotes que le acompañaban, sobre diferentes asuntos, ya religiosos, ya profanos.

»Al ruido de una conversacion tan animada penetraron en la capilla algunos hermanos de la Paz y Caridad y varios alguaciles.

»Dirigiéndose á ellos, el reo les preguntó:

«Á qué hora va á ser la ejecucion?—

»Á la una, le contestaron.—

»Saben ustedes cómo me van á conducir al patíbulo?—

»En una caballería menor.—

»Será en un mal borrico, replicó vivamente el reo.
Me llevarán con estos grillos?—

»No señor; se los quitarán á Vd. y le atarán los
piés, le dijo uno de los alguaciles.—

»Hombre! esto es una invencion diabólica. Cual-
quiera creerá que me sujetan como á un niño para que
no me caiga. Soy un buen ginete, y si lo quieren ver,
que me traigan un caballo.»

Despues se dirigió al presbítero D. Cárlos Lopez y
le dijo:

«Sr. D. Cárlos: Vd. va á pronunciar un sermón en
el tablado despues de mi ejecucion; no sería malo que
me lo refiriera ahora para ver si me gusta. No me im-
porta nada que diga Vd. lo que quiera, con tal que ma-
nifieste que no he tenido cómplice alguno y que no he
obrado por sugestion de nadie.»

»Habiendo notado el regicida el disgusto del señor
Lopez, que se salió sin contestarle á pretexto de hacer
una diligencia, dijo á las demas personas que le acom-
pañaban:

«El Sr. D. Cárlos se ha marchado disgustado: cuan-
do vuelva le he de referir un cuento para que se ria.»

»Luégo manifestó á los circunstantes que queria
descansar, y desde las cuatro hasta las seis menos cuar-
to se quedó profundamente dormido.

»Cuando despertó dijo al presbítero Lopez:

«Antes se marchó Vd. incomodado, y para que seria voy á referirle un chascarrillo.» En efecto; al mismo Lopez le hemos oido relatar esta escena, y con asombro nos manifestó que, cuando Merino le hablaba, le vió reir más de una vez.

»Vestido ya con la túnica amarilla y puesto el birrete, se levantó aceleradamente diciendo:

«Vamos.»

»Los sacerdotes le manifestaron que no era hora, puesto que áun no habia avisado la autoridad, y aconsejándole que se sentara en una silla, les dió las gracias, y se puso á dar algunos paseos por la capilla.

»Cuando tuvieron la órden repitió él: «Vamos.»

»Nosotros quisiéramos que el pasado de Merino fuese absorbido por su presente; que su crimen de un instante le incomunicase con una vida de sesenta y tres años; que nadie tuviese derecho á decir: «Esa lengua pronunciaba máximas liberales.» Que nadie tuviese facultad para exclamar: «Ese cerebro abrigaba sensaciones absolutistas.»

»¿Y adónde conducia este propósito? Á arrancar de nuestros anales ejemplos para el fanatismo político, á quitar de nuestras polémicas domésticas un elemento de recriminaciones mutuas, á presentar al estudio de nuestros sucesores el fenómeno de una especie que nació sin gérmen y que murió sin reproducirse; el fenó-

meno de una especie que vino al suelo español con un solo individuo y que desapareció al desaparecer el individuo.

»Hé aquí el blanco de nuestros esfuerzos; nuestra intencion los halló buenos; no podemos imaginarnos que el recto juicio de ciertos periódicos los encuentre malos.

»Témese que el proyecto de regicidio tenga cómplices; si los hay, no dudamos que la actividad de la justicia y el tino del gobierno sabrán descubrirlos donde quiera que se encuentren. Pero haya sido ó nó instrumento de conspiraciones tenebrosas D. Martin Merino, es lo cierto que brazos como el suyo no pueden aparecer más que una vez en el drama de nuestros infortunios nacionales, y es lo cierto también que, apareciendo, jamás los compran ni los buscan los partidos de probidad y de civilizadoras aspiraciones. Nosotros creemos que todos los partidos de España son probos y civilizados; creer otra cosa sería creer que ni somos españoles ni hemos nacido en la mitad del siglo XIX.»

PRENSA ABSOLUTISTA.

La Esperanza, como avergonzada por el atentado de Merino, dijo:

»Así como los vicios y crímenes de Lutero son lo que más honra á la Iglesia Católica, de la cual tuvo que apartarse para poderlos cometer impunemente, así

tambien nada puede hacer más honor á los institutos religiosos, á la escuela monárquica y al clero en general que la vida relajada que trajo, que los escándalos políticos que diera, que el último atroz atentado cometido por D. Martín Merino despues de su apostasía. . .

. »Ese hombre no era, como dice hoy *El Órden* tratando de tranquilizar á unos pobres sacerdotes avergonzados del crimen, una excepcion de su clase: era una negacion de ella. No era simplemente un clérigo corrompido, como lo pueden ser todos los hombres: era un apóstata, un renegado, un antagonista del clero; constituia respecto á la Iglesia un verdadero contrasentido.»

El Católico, lleno de espanto y de aturdimiento, decia el dia 3:

«Con el dolor más profundo y la más honda afliccion tomamos hoy la pluma para denunciar un hecho atroz, un hecho que parecia increíble, un horroroso atentado que cubrió ayer de tristeza á la capital de las Españas, y llenó de horror, de consternacion, de ira, y en cierto modo hasta de vergüenza y confusion al clero de Madrid. Tiémblanos la mano al trazar estas líneas, y no sabemos por dónde comenzar, ni qué decir, ni cómo escribir. Aun no hemos vuelto del asombro que nos ha causado el triste suceso que deploramos, el horrible atentado que execramos y que estamos per-

suadidos no habrá un sólo español que no excrete. Nos faltan expresiones para calificarlo; nos faltan expresiones para referirlo.

»Horror! horror! apenas acertamos á pronunciar más palabras! —Ayer, al salir de la realcapilla la augusta hija de cien reyes, despues del solemne acto religioso.

ayer, cuando la augusta Isabel, gozosa de haber presentado su amada hija al Señor, regresaba en medio de su córte por la galería de Palacio, cuajada de gente... un..... nos repugna decirlo! nos horroriza y espanta! uno, con traje de sacerdote, hinca la rodilla en ademán de entregar un memorial y clava un alevoso puñal en la augusta señora, que, rebosando dulce satisfacción, iba á salir á dar gracias á Dios y á la Santísima Virgen en el templo de Atocha.

»Nadie podia imaginarse lo que era. pero, entre la confusion y espanto que por do quiera cundió, empezó á circular la noticia de *¡un cura ha herido á la Reina!*—El asombro y la indignacion se veia pintado en todos los semblantes.—Todos se preguntaban, y nadie acertaba á responder..... un cura..... no es posible haya un sacerdote que ose cometer tamaño atentado. Un cura!.... Es imposible! Alguno ha tomado ese disfraz para echar sobre el clero semejante mancha y acaso concitar contra él, como en el año 35, la animadversion de cierta clase de gente..... Un cura!.... «Imposible, á no estar loco!» Esto se decian todos, porque nadie acertaba á explicar el atentado, y ménos

aún en el sitio, ocasion y demas circunstancias en que se cometia.

»Desgraciadamente era cierto; desgraciadamente parece se halla revestido del sagrado carácter sacerdotal el desatentado que ayer osó cometer tamaño crimen. Júzguese cuál sería nuestro asombro, cuál la sorpresa que esta noticia nos causaria; júzguese cuál quedaríamos cuando, en el zaguanete de los alabarderos adonde se le condujo, vimos al Sr. Lezo, abad de la Granja y arzobispo de Seleucia, *in partibus*, retirarse indignado, viendo que al irle á reconvenir por su crimen y afearle la mancha de oprobio que venía á echar sobre el clero español, le contestó con la mayor sangre fria: *Vd. es un infame.*»

Despues, el dia 8, publicó los siguientes detalles:

«Poco de notable ocurrió desde las siete á las doce del sábado en la capilla. Una conferencia entre el reo y el médico de la Cárcel, en la cual hizo el primero grandes elogios de la frugalidad, diciendo que «habia dia en que no tomaba más alimento que líquidos para poder comer con algun apetito al siguiente, y que otras veces querria haber podido cargar con todos los manjares el cañon de su pistola para recibirlo como se recibe un tiro;» algun cumplimiento gracioso dirigido á esta ó la otra persona, alguna sentencia ó máxima antigua, esto fué lo que se oyó durante aquellas largas y tristes horas.

»Los hermanos de la Paz y Caridad refirieron que, hablando de las máximas de Rochefoucauld, dijo las

tenía casi todas anotadas en frances, y en una de ellas, en que aquel autor dice :

«La muerte es la penalidad más amarga de la vida,» él habia con lápiz tachado estas frases, de manera que se leian así:

«La muerte es el consuelo más dulce de la vida.»

»Esto hace años que lo tenía escrito, lo que prueba en Merino el deseo ardientísimo que tenía de morir.....

.....»Tambien confesó que «no sabía sino causar la desgracia de cuantas personas estaban á su lado.».....

.....

«Nó, no son eso los curas, no son eso el clero católico, no son eso el clero español. Su doctrina es santa; es la de la Iglesia Católica, cuyos ministros son; y esa doctrina condena en todos los cristianos el asesinato, el homicidio, áun en el más infeliz de los hombres, cuanto más en los monarcas, que en su poder representan al mismo Dios, por cuya gracia ellos mismos se llaman reyes.».....

.....

PRENSA MODERADA.

La España del 3 de Febrero de 1852 decia (1):

«Con tan halagüeñas impresiones abandonaba ayer

(1) Llamamos la atencion de nuestros lectores sobre la reseña que hace este periódico de la entrevista que tuvo con Merino el presbítero Sr. Puig y Esteve, cuya importancia deben tener en cuenta los que juzgaron á Merino como un sér abyecto.

el regio cortejo la real capilla, cuando, al pasar por la galería derecha, salió de entre los espectadores un hombre al parecer eclesiástico, el cual, al acercarse á S. M., hincó la rodilla. Todas las personas de la comitiva creyeron que iba á poner en manos de su soberana algun memorial, como sucede á cada paso y ha sucedido siempre con nuestros monarcas. pero otro era el pensamiento del clérigo, el cual, sacando súbitamente un puñal que llevaba oculto, asestó á S. M. un golpe. acompañando la acción con las siguientes palabras: «Toma, ya tienes bastante.» No es fácil describir el horror que se apoderó de todos los espectadores. Pasaron algunos instantes sin que el espíritu pudiese comprender lo que los ojos habían visto.

»En medio de la terrible y cruel ansiedad producida por un suceso desconocido en España, S. M. la Reina era la que más serenidad conservaba. Al sentirse herida, el único pensamiento que la embargaba era el de su augusta hija, y así lo dió á entender exhalando en un grito agudo las siguientes palabras: «Mi niña! Mi niña!»

Este periódico siguió ocupándose, como todos, del asunto, publicando en uno de sus números las siguientes líneas:

«Merino asistia diariamente al gabinete de lectura de San Felipe Neri, donde recorria con avidez todos los

periódicos. Desde el golpe de estado del presidente de la República francesa, notaron las personas que le veían con frecuencia que su carácter tomaba un aspecto preocupado, silencioso, y á veces exaltado. Algunas palabras sueltas pronunciadas en tono fatídico han venido á revelar, á las personas que las oyeron, que meditaba desde hace tiempo el criminal proyecto que ayer puso por obra.»

ENTREVISTA DE MERINO CON EL PRESBITERO SR. PUIG
Y ESTEVE.

«Á las siete de la mañana del sábado (el mismo día de la ejecucion) llegó el Sr. Puig y Esteve a la lúgubre estancia y encontró á Merino sentado en la cama con el libro de la Biblia abierto, del cual se servía á manera de atril para escribir sobre él. En cuanto divisó al Sr. Puig retiró el papel como para esconderlo; pero, á petición de aquel jóven sacerdote, se apresuró á entregarlo. Era el cróquis de una larga arenga que el preso se proponía pronunciar sobre el cadalso. En él se veían trazadas con pulso firme estas palabras:

«Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies:

»Antes fuí soberbio.

»Quia mitis sum et humiles corde.

»Justitia regina virtutum.

»Justitia prompta.

»Justitia coram offensis.

»Por esto no me he defendido, ni deberia aceptar el perdon, porque llevaria conmigo y sobre mí, cual otro Cain, el pecado.

»Peccatum meum contra me est semper.»

»Las precedentes líneas han sido copiadas del original.

Merino dijo tambien «que su soberbia, que hasta el dia anterior habia sido más grande que un gigante y como la de Luzbel, estaba ya amansada.»
. Se llamaba «el más pequeño, vil y despreciable de los insectos, y aseguraba creer que, aunque la misericordia infinita de Dios le salvase del infierno, estaria en el purgatorio hasta el dia del juicio final.»

»Diéronsele consejos sobre la compostura con que debia presentarse en público, á fin de edificar al pueblo con su actitud, tanto como ántes le habia escandalizado.

. Protestó de sus buenas intenciones, pero añadió que le afligia lo poco seguro que podia estar de que no excederia aquellos justos límites; y dió por razones de esto la tendencia natural de su carácter, las raíces que aún pudieran quedarle de su soberbia, no vencida hasta la víspera, y la costumbre robustecida en un espacio de sesenta y tres años.

»El eclesiástico que asistia á Merino pidió al señor Puig y Esteve que se quedase allí miéntras él iba á celebrar el Santo Sacrificio.

»Á esta circunstancia accidental se debió el que el Sr. Puig y Esteve pudiera entablar con el preso la

conversacion más interesante tal vez que han oido jamás las paredes de un calabozo.

»Merino se hallaba tendido en el suelo sobre dos colchones, presentando el mismo aspecto de indiferencia y serenidad terribles que habia ofrecido desde el instante de su prision. Al lado suyo se colocó en una silla nuestro jóven amigo el Sr. Puig.

»Una exclamacion, que el reo no quiso fuese atribuida por su interlocutor á debilidad de espíritu, le hizo pronunciar las siguientes palabras:

«Todos los que sepan mi situacion, me tendrán hoy lástima, y sin embargo no me cambiaria por ninguno: soy el más feliz del universo.»

»Y habiéndose adherido el Sr. Puig á esta respuesta, en el único sentido en que podía aceptarla, el reo contestó con algunos movimientos negativos de cabeza.

»Bajo semejantes auspicios comenzó el diálogo de tres horas que habia de producir la conversion de un impenitente. Comprendió nuestro amigo que la organizacion y el carácter de la persona que le hablaba exigian un modo muy particular y meditado para hacerle oir la palabra de Dios, si esto habia de ser con algun fruto.

.....»Entablada la conversacion sobre temas indiferentes, se le ocurrió á Merino decir:

«Segun veo, Vd. debe de ser hombre de carrera. —

»Vd. es el que tiene en Madrid fama de gran latinista, le respondió el Sr. Puig. —

»He leído mucho, pero no he estudiado nada por

haber digerido mal mis lecturas,» le explicó el reo, haciendo de sí mismo una apreciacion cuya exactitud aparece evidente.

»Y una vez lanzado en su terreno favorito, el diálogo rodó por espacio de hora y media sobre la poesía antigua. Merino pasó revista uno por uno á casi todos los poetas griegos y latinos, poniendo en sus palabras un calor y una serenidad en la discusion que sorprenderian aún en persona que no hubiese tenido contadas las horas de su vida.

»Habíase incorporado y terminaba uno de sus discursos, cuando el Sr. Puig se aventuró á hacerle una observacion religiosa. Díjole que tan extremada aficion á la literatura del gentilismo podia ser tal vez la causa de todos sus males presentes por haberle distraido de sus estudios teológicos.

«¡Quién sabe, replicó él, despues de unos momentos de silencio, si la teología será una mitología dentro de dos mil años, y si alguno de nosotros será un semi-dios!»

»Sin aparentar irritarse ante un pensamiento tan blasfemo, el Sr. Puig respondió en tono de amistosa reconvenccion:

«Qué idea, Sr. D. Martin!—

»Tiene Vd. razon, dijo éste despues de un rato de silencio: dejemos eso.»

»Era llegado el momento de avanzar algun paso en el ánimo del endurecido regicida. Apelando á una diestra transicion, y aprovechando la pausa que se siguió á las últimas frases, nuestro amigo propuso al reo

que variase de conversacion, hablando de los libros religiosos bajo el punto de vista literario. Con este aliciente se avino Merino de muy buena gana á los deseos de su interlocutor.

»Los libros del Antiguo Testamento que merecen la predileccion del reo, y que el Sr. Puig se ofreció á adivinar para excitarle á entrar en materia, son en primer lugar el de Job, del cual recitó Merino varios trozos de memoria; luégo los Salmos, y con especialidad el primero *Beatus vir*, y por último todos los libros de Salomon. Entre los del Nuevo Testamento, sólo tenía aficion al Evangelio de San Mateo. El Sr. Puig se lo habia adivinado tambien, y el reo hizo un movimiento preguntándole:

«Y por qué?—

»Porque San Mateo es el evangelista más culto, repuso el jóven sacerdote, y el que mejor se adapta al gusto de los literatos paganos.»

»Merino se sonrió.

»Llegó el momento en que el preso quiso saber tambien cuáles eran los pasajes de la Biblia que preferia el Sr. Puig. Parece que éste lo esperaba en este terreno, pues le contestó resueltamente:

«Lo que á mí me gusta, no lo digo; en tal caso lo leo.—

»Trae Vd. la Biblia?—

»No, señor; pero mandaré por ella.»

»Conformándose el reo con la propuesta, salió un hermano de la Paz y Caridad en busca de la Vulgata en latin, y miétras tanto, á pesar de las instancias

de Merino, el Sr. Puig se mantuvo en su negativa.

»Cambiando nuevamente de conversacion, recayó ésta sobre los Santos Padres, y los dos interlocutores disertaron con especialidad sobre las bellezas de San Agustín, lamentándose Merino de que fuesen tan poco apreciadas.

»Traida la Biblia, el Sr. Puig la abrió sin permitir que el reo reconociese el sitio por donde lo hacía. Merino se acomodó en su lecho para oír, y el sacerdote comenzó su lectura.

»Era el capítulo 12 del Evangelio de San Juan.

»Conocidas son de todo el mundo aquellas sublimes y tiernísimas palabras que Jesucristo dirige á los apóstoles durante la última cena, y á cuya poderosísima accion habia confiado el sacerdote su triunfo si habia en el reo algun resto de sentimiento ó de reflexion.

»Mediaba apenas el Sr. Puig la lectura de este capítulo, cuando el preso le interrumpió diciendo:

«Veo que no hay entre nosotros tanta analogía como al principio habia creído.» (Habiale dicho muchas veces en el trascurso de la conversacion que encontraba en él un hombre completamente de su gusto.) «Vd., prosiguió, tiene, por lo visto, un carácter inclinado á la ternura; el mio, por el contrario, se afecta sólo con las cosas fuertes.»

»Sin arredrarse por esta reflexion, continuó el señor Puig su lectura por el final del capítulo y los siguientes.—Leyó el 14 y el 15; su oyente le escuchaba ya sin perder sílaba.

»Al concluir el 16, Merino estaba rendido. Dejóse

caer enteramente sobre su cama, y al acercársele el señor Puig, murmuró: «Déjeme Vd.! oh! mi espíritu está demasiado fatigado!»

»La palabra de Dios habia comenzado á penetrar en el corazon de aquel hombre. Nuestro amigo no creyó necesario ni prudente insistir más; le dejó allí la Biblia, y se despidió para volver más tarde.

»Involuntariamente nos hemos detenido en esta parte de nuestra relacion más de lo que pensábamos. Á cuantas personas se le acercaron les habló de su conversacion con el Sr. Puig. Vuelto éste, pudo ya expresarse en más franco tono, y le excitó á confesarse. El reo le dijo que, habiéndole otorgado toda su confianza, haría lo que él quisiera.

»Confesó, en efecto; y terminada la administracion del Sacramento, instóle nuevamente á que tuviese cuidado de dejar del todo tranquila su conciencia, haciéndole reflexiones sobre el fatal trance á que estaba próximo, reflexiones que movieron al reo á llamar otra vez al confesor para desahogarse en su seno.

»Renovada la conversacion con el Sr. Puig, manifestó Merino que, á decir verdad, aún temia que le quedase por hacer alguna *cosilla*; y nuestro amigo, comprometiéndose á adivinarla, hizo recaer el diálogo sobre otros asuntos.

»Hablaron largamente de los prosadores latinos y castellanos, Tito Livio, Tácito, Mariana, etc., entre los cuales el reo daba la preferencia al segundo. Agotado este asunto, el Sr. Puig dijo al cristiano ya reducido al gremio de la Iglesia, que la *cosilla* debia ser

sin duda la necesidad de subsanar en cuanto pudiera el escándalo y los graves daños que habia causado con su inicua accion; y que, para esto, el mejor medio sería pedir perdon á los agraviados.

«Estoy dispuesto á todo, contestó el reo. Pediré perdon mañana en el patíbulo, si me lo permiten. Pero como desconfio de poder coordinar mis ideas, ruego á Vd. que se sirva escribirme en un papel, que tomaré de memoria, las palabras que he de pronunciar para dejar al mundo satisfecho.»

»El Sr. Puig le hizo conocer que, no pudiendo confiar en sí mismo, no debia fiarse en sus recuerdos para tan críticos instantes. Persuadido el preso á comulgar aquella misma noche, su interlocutor se obligó á dictarle lo que debia decir ante el sacerdote que le administrase la Eucaristía.

»No necesitamos, seguramente, detenernos á describir la imponente solemnidad de la augusta ceremonia. Nuestros lectores la comprenderán por sí mismos. La confesion del reo habia producido ya una sorpresa indecible en todos los que de ella habian tenido noticia. La comunion era otra sorpresa no ménos agradable; el perdon que debia pedirse fué, hasta el último momento, un secreto entre el sacerdote y el reo.

»El Sr. Puig, en efecto, se habia retirado para redactar las frases de contricion que debian sonar en los labios del criminal en aquel solemne acto. Apremiado por la falta de tiempo, no le fué posible interrumpir su trabajo más que para rogar al Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, el cual, por una feliz casualidad, y repi-

tiendo la caritativa visita que ya por la mañana habia hecho al reo, llegaba en aquel instante, que se sirviera administrar por sí mismo el Sacramento y dar toda la publicidad posible al acto.

»En efecto; puesto el reo de rodillas sobre el lecho, y el Sr. Puig á su lado, presentes cuatro hermanos de la Paz y Caridad, los familiares del Sr. Arzobispo, todas las personas que habian acompañado al Viático, un gentil-hombre de S. M., el comandante y un teniente de la guardia de la Cárcel, el alcaide de la misma y muchos de los curiosos que circulaban por los pasillos vecinos, el párroco dió principio á la sagrada ceremonia.

»Despues de la protestacion de la fe, y al decir el administrante con la forma en la mano *Ecce Agnus Dei*, el Sr. Puig hizo un movimiento pidiendo algunos minutos de silencio, y comenzó á dictar al reo las palabras que expresaban su arrepentimiento.

»Merino repetia con ademan contrito, pero en voz más clara y entera que la del sacerdote, las palabras que éste le dictaba.

»Pidió perdon á Dios Todopoderoso, á la Reina, á quien tanto habia ofendido, á los individuos de la real familia, al clero, á los españoles y á los hombres en general, por los daños que con su inicua accion ha podido ó puede en adelante inferirles.

»Declaró no habia tenido cómplice ni instigador alguno en el horrible delito.

»Rogó á los circunstantes y á todas las personas ántes designadas que le ayudasen con sus oraciones para obtener gracia de la Potestad Divina.

»Protestó, por último, de querer vivir y morir en el seno de la Santa Iglesia católica, apostólica, romana, cuyas creencias había olvidado algunas veces, á pesar de confesar que son las únicas verdaderas.

»Terminadas las protestas, Su Eminencia tomó la sagrada hostia y prosiguió hasta concluir las ceremonias.

»Acabadas éstas, el reo cayó de espaldas sobre su lecho, estrechando las manos del Sr. Puig y prorumpiendo en las más fervorosas exclamaciones y en acciones de gracias á aquel jóven sacerdote, con un entusiasmo que es difícil describir.

»Vd., le decia, me ha salvado; Vd. es mi ángel consolador; me siento regenerado, y ahora creo que tengo el pecho más ancho que el universo.»

»La entereza singular de este hombre no le ha abandonado un momento, ni en el mal ni en el arrepentimiento.

»El Sr. Puig atajó sus demostraciones diciendo:

«Sr. D. Martin: ¡demos todos gracias á Dios, que me ha escogido para instrumento de su misericordia!»

»Y el anciano cardenal de Toledo, trémulo por su emocion más que por la edad, repetia entretanto á los circunstantes:

«Este pobre, señores, no ha podido hacer más de lo que ha hecho. Si alguno le hubiese odiado por su espantoso crimen, no nos queda á todos más que rogar á Dios por él, para que le perdone y le reciba en su seno.»

»La conmocion le impidió seguir adelante.

»Y qué más hubiera podido añadir?

- «Cuadro cristiano y consolador!
 «Todo el mundo se mostraba igualmente afectado!»

El Orden se expresaba en los términos siguientes:

«La pluma se resiste á escribir el atentado que ayer consternó á Madrid, el escándalo que asombrará á la Europa. La Reina, que, rodeada de toda la corte, salía de un templo para llevar á otro templo y presentar su tierna hija á la Madre de Dios Todopoderoso, fué acometida por un malvado y herida con el puñal ale-
 voso de los asesinos.

«Al dirigirse procesionalmente la régia comitiva por los corredores de Palacio desde la real capilla á la escalera principal, el asesino, vestido ¡oh mengua! de traje talar eclesiástico, se abrió paso, y haciendo ademán de hincar la rodilla para presentar un memorial á la Reina, le dirigió una puñalada al costado derecho con mano certera y ánimo resuelto. En la sorpresa de un acto tan repentino é inesperado, todavía alcanzó S. M. á interponer maquinalmente el brazo, que recibió una rozadura, contribuyendo, lo mismo que el manto y el ajuste del vestido, á disminuir algun tanto el efecto del golpe homicida. El Rey tiró de la espada en defensa de su augusta esposa. La Reina no pensó en sí; sus palabras (es madre!) fueron inmediatamente: «La niña! que cuiden de Isabel.» Un alabardero derribó al suelo al asesino, que al golpe dejó caer el puñal. La Reina, recobrando la serenidad y en medio de la comi-

tiva que en rededor se apiñaba, siguió por su pié hasta la puerta de su cuarto, donde se le prodigaron sin tardanza los cuidados y auxilios que el caso aconsejaba.

»El señor presidente del Consejo de Ministros se hallaba con la mayor parte de sus compañeros en Atocha. Avisados al momento, corrieron á Palacio, de donde no se separan, y donde, profundamente afectados, atienden á todo. Han dirigido comunicaciones telegráficas y correos á las provincias, y dispuesto la frecuente publicacion de gacetas extraordinarias, con los partes de los facultativos que asisten á S. M. Allí reciben á la infinidad de personas notables, que todas sin excepcion concurren por horas á enterarse del estado de S. M. y á ofrecer sus servicios y á hacer prueba de su lealtad y nobles sentimientos. Madrid es un desconsuelo general.

»Digamos ya algo del autor de tan espantoso paricidio..... Su ocupacion consistia en decir misa de hora en la parroquia de San Sebastian y asistir á los officios divinos, especialmente en los entierros..... Á su edad avanzada y aspecto mesurado es imposible concebir nada más empedernido, nada más cínico, nada más cruel. Léjos de arrepentirse, se complace en su crimen, y sin la menor alteracion repite á menudo: «Ya basta con lo que ha entrado,» persuadido de que el puñal se clavó de muerte. Su crimen venía de largo tiempo premeditado, lo confiesa lisamente, y otros crímenes de igual naturaleza, que siente mucho no haber podido poner en ejecucion. Anoche á las ocho fué

trasladado en un coche y con buena escolta á la Cárcel del Saladero. Las iras del público espectador se excitaron á su vista, y, á no ir bien custodiado, habria sido hecho añicos delante de la puerta de Palacio. Ya en el momento de su atentado se habia libertado de igual suerte por interposicion de la misma víctima, cuya vida inicuamente arrancaba.

.

»No pudo ser personal el odio que armó la mano del asesino, ni semejantes odios alcanzan á la esfera excelsa en que la prevision política ha colocado los tronos; ni la edad, ni el sexo, ni las prendas del carácter de la víctima, ni su generosidad, ni su clemencia permiten creer en tan desapoderados resentimientos. El crimen que se cometió anteayer era indudablemente un crimen de intencion política: la sangre preciosa de la Reina no podia satisfacer semejantes pasiones sino como principio y causa de la que habia de correr posteriormente en medio de las discordias, de los trastornos y de las calamidades, dón funesto que intentaba hacernos el fanatismo. Si Dios no hubiese salvado la vida de la Reina, su último aliento habria sido la señal de las revoluciones: tal debió ser el impío deseo del asesino, y no de otra suerte se explica su crimen.

»No por eso damos á entender que fuese fruto de una conspiracion, ni que hubiera ramificaciones ni cómplices.

»Miétras en contrario no se presenten pruebas, creemos en el aislamiento completo del crimen, y no suponemos que pueda tener cómplices, como no ha te-

nido ejemplos precedentes, como es imposible que tenga imitadores.»

En un suelto decia:

«Varios eclesiásticos, celosos de la honra de su estado, y estremecidos del efecto que pudiera causar en el público el crimen de un regicida que se habia consagrado al ministerio del altar, manifiestan vivos deseos de que la mancha no recaiga sobre la clase, y de acreditar que no les alcanza la contaminacion ni les corresponde el descrédito que en ello pudiera inferirse.»

Al ocuparse de los últimos momentos del regicida, se expresa así:

«Merino tenía el pulso perfectamente en caja al salir de la capilla, el semblante sereno é impassible, más que triste risueño, y el color ordinario y natural. Hasta que dejó de existir se condujo como si representase una comedia, como si se tratase de la cosa más indiferente del mundo; ninguno de los concurrentes ni de los espectadores se mostró tan tranquilo como él.

»Cuando le vistió el verdugo la horrible túnica en la capilla se puso á chancear sobre los uniformes, y llevándose la mano al cuello, le dijo:

«Buen pescuezo, no es verdad?

»A la bajada de la escalera de la Cárcel observó que un oficial se ponía la mano en los ojos, indignado de aquella frescura, que le parecia descaro; le tachó de poco espíritu para la profesion militar; y á otro, que en seguida lo llamó *tigre*, le respondió:

«Ya quisiera Vd. tener un corazon como el mio!»

«Cuando le ayudaron á montar en el asno , se volvió diciendo :

«Qué malos escuderos me he echado ! ¡ Ya podian ustedes aprender mejor el oficio ! »

.....

«No se desmintió en los últimos momentos. En cuanto se le advirtió que la hora era llegada, subió la escalera del cadalso con aplomo, y se fué derecho al banquillo; tocó y examinó cuidadosamente los instrumentos del suplicio; se sentó; se levantó repentinamente para besar el crucifijo, y se volvió á sentar, colocándose una y dos veces con la comodidad posible, y mirando luégo atentamente cómo le ataban los pies.

«Atáronle tambien los brazos al palo, en cuyo acto recomendó al verdugo que no se los apretase mucho, porque él tendria cuidado de moverse lo ménos posible.

«Púsosele la fatal argolla al cuello; se la probó, y, separándosela, manifestó que queria hablar.

«Señores, prorumpió en voz entera y sonora; voy á decir la verdad, como la he dicho toda mi vida.» (Aquí le interrumpió un grito general de *¡ Viva la Reina !*) «No voy, continuó, á decir nada ofensivo para esa señora. El acto que he perpetrado es un acto exclusivamente de mi voluntad, y no tengo cómplices. Tén-gase entendido y sépase que ninguna conspiracion ha tenido connivencia ni conexion conmigo. He dicho.»

«Sonaron nuevas voces de *Viva la Reina !* y él repitió con tono más fuerte :

«He dicho.»

»Volviéndose al verdugo , le dijo :

«Cuando Vd. quiera.»

»Entónces le puso el verdugo nuevamente la argolla al cuello, y él se la arregló como pudo, porque le lastimaba de un lado.

»Acto continuo empezaron los sacerdotes á rezar el Credo, él á repetirlo, y á las pocas palabras dió el verdugo una vuelta al tornillo, con que el reo quedó instantáneamente cadáver.

»Aun parece que muriendo tuvo fuerza de voluntad para no hacer apénas movimiento, como habia prometido.»

El Herald encabeza su número del 3 de Febrero de 1852 con estas palabras:

«S. M. la Reina, radiante de salud y de alegría, cubierta con todas las insignias de su elevada posicion, y rodeada por todo el esplendor de su córte, volvía á su cámara desde la real capilla.

»Precedia á S. M. su servidumbre, y la acompañaban S. M. el Rey, S. M. la Reina madre, la infanta Doña Luisa Fernanda y su augusto esposo el duque de Montpensier, S. A. el infante D. Francisco, el nuncio de Su Santidad y el cardenal arzobispo de Toledo.

»Inmediatamente, detras de S. M. la Reina, venía la señora marquesa de Povar, aya de la princesa, llevando á la augusta recién nacida en sus brazos. Tambien acompañaba á S. M. el zaguanete de alabarderos de costumbre, y cerraba la marcha el capitán de guar-

dia duque de Bailén, con otros jefes del cuerpo de Alabarderos.

»En aquel instante (se refiere á una de las várias paradas que hizo la comitiva por la afluencia de gente) S. M. la Reina, en cuyo rostro brillaba la alegría más pura, estaba hablando con S. M. el Rey y llamándole la atención hácia la mucha gente que se agolpaba y que impedía al nuncio de Su Santidad colocarse á su lado como lo deseaba.

»En este momento, un hombre con hábitos clericales bastante maltratados, y que se hallaba entre dos alabarderos, se acercó á S. M. la Reina..... y sacando de debajo de la sotana un puñal afilado dió á S. M. una puñalada por el lado derecho, que penetró por debajo de la última costilla unas ocho líneas.....

»S. M. lanzó un grito agudísimo que llenó de espanto á cuantos le oyeron, y, desviando el puñal del asesino, le resultó una pequeña cortadura en el brazo además de la herida principal. El puñal cayó al suelo. El regicida, creyendo haber muerto á la reina, exclamó con júbilo febril:

«Toma! ya tienes bastante!»

.....

»Las primeras palabras que pronunció S. M. al volver en sí fueron las siguientes, tan propias de su noble corazón:

«Que no lo maten por mi causa.»

El día 5 decía :

«El delincuente, como ya saben nuestros lectores, se halla en la Cárcel del Saladero, y refiérese que, al entrar en ella, el alcaide procedió á cortar con unas tijeras los botones de la chaqueta que llevaba. Una autoridad que presenciaba esto preguntó si era costumbre, y ántes que el alcaide pudiese contestar, el reo dijo:

«Esto lo hace porque teme que, tragándome los botones, me pueda ahogar.»

»Este es uno de los infinitos hechos que se cuentan de la cínica serenidad que ha ostentado el acusado.

»Tambien se dice que, al ponerle los grillos, exigió que los examinasen bien de una vez, para que luégo no tuviesen que andarle molestando con nuevos reconocimientos.

»El reo se ha impuesto una dieta rigurosa, diciendo que así lo exige la grande irritacion física y moral que le aqueja; desde que está en la Cárcel no ha querido tomar más que caldo y un poco de pan y vino que tomó ayer á instancias del alcaide.

»Se manifiesta fuerte y enérgico, y en sus contestaciones siempre resuelto y consecuente con lo que ya dijo acerca del motivo que le ha decidido á cometer tan atroz atentado.

»En la habitacion no se permite la entrada á nadie y se hallan cerrados por órden superior hasta los pasillos que conducen á ella; las únicas personas que han penetrado en su estancia en estos días han sido sólo el Sr. Arrazola, presidente del Supremo Tribunal de Justicia y el fiscal del mismo; los jueces que han enten-

dido en la causa y el escribano y defensor. Sobre la visita del Sr. Arrazola tenemos los siguientes pormenores.

»Comisionados de real orden la mañana del 3 los señores Arrazola, como presidente del Tribunal Supremo de Justicia; Huet, como fiscal del mismo, y Villalar, jefe de negociado del Ministerio de Gracia y Justicia, en calidad de secretario, pasaron á la Cárcel del Saladero con encargo de emplear cuantos medios les sugiriese su celo y patriotismo en averiguar, del presbítero D. Martín Merino, cuanto pudiese esclarecer las causas, fines y cómplices en el enorme atentado que en el día 2 del actual cubrió de luto y consternacion el pecho de todos los españoles.

»Parece que emplearon tres horas y media en el desempeño de su encargo.

»Por la noche el Sr. Arrazola, llamado por el reo, estuvo más de otra hora con él.

»Todavía, segun se nos ha asegurado, el reo volvió á rogar á los mencionados señores le viesen de nuevo, porque tenía que hablarles.

»Lo verificaron con separacion, empleando cada uno más de una hora en nuevos esfuerzos para conseguir su objeto; despues de todo, hemos llegado á entender que el resultado ha sido afirmarse más y más el reo en que no tenía cómplices; añadiendo con bastante arrogancia que es sobradamente soberbio para convertirse en instrumento de nadie, ni servir á extrañas miras, puesto que sólo le ha dirigido, en lo que ha hecho, su aversion á la sociedad y su tedio á la vida, acibarada con repetidos contratiempos y desengaños.